

**Martinico Ventosa**  
DIRECTOR.

### Precios de suscripcion.

En Zaragoza, 42 rs. vn. el trimestre.  
Madrid y provincias, 46 rs. id.  
Números sueltos un real y medio.

### REGALO.

Todos los señores suscritores recibirán al final de cada trimestre una vista de Zaragoza litografiada con el mayor esmero.



**Martinico Ventosa**  
DIRECTOR.

### Puntos de suscripcion.

EN ZARAGOZA.

En casa de los señores D. Ramon Leon, Viuda de Heredia, D. Miguel Casañet, y en la administracion de *El Diario de Zaragoza*

MADRID Y PROVINCIAS.

Remitiendo su importe en libranza ó sellos de correo.

# EL DUENDE.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

ADORNADO CON LÁMINAS LITOGRAFIADAS REPRESENTANDO CUADROS DE COSTUMBRES, CARICATURAS, VISTAS, ETC.

## Los dos Guzmanes.

El uno es hoy día cesante ó jubilado, no estoy seguro de ello; y el otro ocupa un alto destino. Hablemos antes del primero.

Entró de meritorio en una oficina del Estado en el año 1829; cuando los hielos: y, como dice el pobre muy oportunamente, á fuerza de helar entonces, se heló su buena estrella. Ascendió á escribiente; trabajó como un negro; y, gracias á la mujer con quien se unió en santo vínculo, que habia servido en clase de doncella al director del ramo en aquella época, Guzman ascendió á oficial, creo que vigésimo-cuarto. El caso es que ascendió á cinco mil reales.

Teníamosle en una administracion de rentas y en una ciudad que no es del caso nombrar. Para nada necesita el lector saber cual era. Guzman es uno de aquellos hombres nacidos para una oficina; que viven en ella como la ostra en su concha; para quienes la oficina es el café, el paseo, la tertulia: no porque huelguen, paseen ó se distraigan en ella, hablando del tiempo ó de los sucesos palpitantes; sino porque su única y esclusiva distraccion está en las cuentas, oficios, asientos, cargaremes, cartas de pago, etc. etc. La pluma, es la varita mágica á cuyo contacto desaparecen las penas y los malos pensamientos; el tintero el pozo inagotable de donde salen todas sus delicias; el pupitre la mina cuyo filon les proporciona el pan nuestro de cada día, modesta vivienda, y trage aunque humilde aseado, decente: la oficina es para ellos, en fin, el paraíso terrenal.

Guzman vivia sobre el bufete. En invierno iba á la oficina á las ocho, y en verano á las seis; dos horas antes que sus compañeros, y siempre salia el último, llevándose, además, algun trabajo á su casa. Los ge-

fes le querian entrañablemente, y este cariño le perdió.

—«Este buen Guzman, decian, es el modelo de los empleados. Jamás se le ve ocioso; y mientras los otros fuman, leen periódicos y pierden el tiempo, él lleva al corriente sus negociados y ayuda á los demás. Oh; es bien seguro que él ascenderá.»—

Dos ó tres veces le tocó ascender; pero era en otra provincia; y sus gefes, que no querian perder tan buen empleado, escribian á la direccion pidiendo que le dejasen donde estaba, aunque se aplazase para mas adelante su ascenso: y como habia tantos que echaban los bofes por ocupar la vacante, y como los ministros se ven tan acosados, se daba á otro la vacante que correspondia al pobre Guzman; y este, que todo lo ignoraba, seguia paciente en su plaza de cinco mil reales, esperando ó desesperando de llegar á seis mil, gracias á su laboriosidad y á su inteligencia.

—¿Qué haremos, decian los compañeros, el día en qué nos falte Guzman? Él trabaja por nosotros; él resuelve nuestras dificultades; él tiene en la punta de la uña las reales órdenes, los reglamentos, los antecedentes todos. Y así debe de ser; para eso es inferior nuestro; para eso cobra menos sueldo; razon es que haga méritos si quiere llegar á nuestra altura.

Pero se afanaba, envejecia y nunca salia del yo pecador. En cambio el administrador, el contador, el tesorero; todos en coro le alababan; y cuando el pobre, muy satisfecho, iba á su casa y repetia á su cara mitad las alabanzas de aquellos señores, esta solia decirle:

—Sí; buen caldo hará con esos piropos nuestro puchero; con ellos pagaremos al casero, al sastre, al zapatero; con sus elogios cubriremos nuestras obligaciones.

—Pero mujer, replicaba el buen Guzman, siempre



es satisfactorio el oír que mis gefes están contentos de mi conducta. Además, ellos darán buenos informes al ministerio acerca de mi laboriosidad; y el día menos pensado...

—Te plantan la cesantía, la jubilación ó te revientan, y entonces...

—Entonces, hija mía, ya habré concluido mi carrera.

No se reventó Guzman: Dios le guardaba para mayores calamidades; pero sí se encontró reemplazado por un mozalvete de diez y siete años, sobrino del ayuda de cámara de un senador, que sentó plaza de empleado con cinco mil reales, una bicoca, sin haber sido meritorio, ni escribiente, como el pobre Guzman, sin saber siquiera sumar; pero aprendió en breve á cobrar y á gastar la paga, diciendo con desenfado, y tenía razón, que eso de entrar, como su antecesor, en la carrera y subir á paso de tortuga no era propio de la época del vapor y de la electricidad, sino de los tiempos de mari-castañas.

Nuestro excelente empleado, ó mas propiamente dicho, ex-empleado, no ha conseguido una nueva colocación, por mas que la ha pretendido, y gana la subsistencia de su familia, administrando con su acostumbrada honradez los bienes de una viuda anciana y rica, que ha tenido la suerte de tropezar con Guzman cuando buscaba un administrador entendido, celoso y probo.

Corta es la historia del otro Guzman, y mas corta todavía su hoja de servicios; pero en cambio ha medrado; que todo está compensado en esta tierra de la tia Marizápalos.

Inútil, en toda la estension de la palabra, holgazan y sin vergüenza, no ha habido gefe alguno que haya podido sujetarle. Varias son las quejas que contra él han ido á la superioridad; pero como Guzman el malo es primo segundo de una cuñada de un tío de una ama de leche de un amigo íntimo de uno de esos hombres que, balancin en mano, tienen influencia en todas las situaciones y con todos los ministros, no ha habido medio de quitarle el destino; y desde los primeros (entiéndase los mas bajos) puestos de la administración hé aquí lo que ha sucedido.

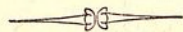
Este Guzman iba á la oficina cuando queria; y dejaba de ir los días malos porque eran malos; y los buenos porque eran mas apropiados para pasear y divertirse que para encerrarse entre cuatro paredes, rodeado de legajos y mamotretos. Su mesa era una mesa revuelta, y era mas fácil encontrar el sitio donde se perdió Lapeirouse que, en aquel *mare magnum*, un espediente dejado en él la víspera á última hora.

Los gefes pedían, al menos, su traslación. El gobierno accedía; pero dando un ascenso al trasladado. ¿Cómo había, sino, de sufragar el pobre los gastos del viaje? Llegaba á otro destino y vuelta á empezar Guzman á holgar y divertirse; los gefes á quejarse: nueva traslación y nuevo ascenso; y yendo así de Herodes á Pilatos, viajando continuamente y subiendo sin cesar, Guzman el malo ha llegado á ocupar uno de los prin-

cipales puestos de la administración y es hoy todo un hombre de pró y tiene á sus dependientes como á ratón en boca de gato, y habla de sus méritos y de sus servicios, y pobre del empleado que cometa la mas leve falta.

¿Qué les parece á ustedes de mis dos Guzmanes?

Se me olvidaba advertir que todo lo que llevo escrito ha sucedido en China; porque sabido es que, afortunadamente, en España no suceden tales cosas.



Publicamos con el mayor placer la siguiente improvisación, debida á la elegante pluma de un poeta imberbe, alhagado por las nueve hermanas, y esperanza de la patria del Tío Jorge.

¡Oh, noches deliciosas!  
¡oh, noches venturosas!  
¡oh, noches silenciosas!  
¡oh, noches de placer!  
¡oh, noches deseadas!  
¡oh, noches esperadas!  
¡oh, noches estrelladas!  
¡oh, noches! ¡Oh mujer!

—

¡Oh, cuartos! ¡Oh pesetas!  
¡oh, cuartos, los poetas!  
¡oh, cuartos, en chancletas!  
¡oh, cuartos, siempre van!  
¡oh, cuartos, vuestro nombre!  
¡oh, cuartos, hace al hombre!  
¡oh, cuartos, que se asombre!  
¡oh, cuartos, si le dan!

—

¡Oh, puros, cuando os fumo!  
¡oh, puros, y presumo!  
¡oh, puros, que en el humo!  
¡oh, puros, va un real!  
¡oh, puros, mi bolsillo!  
¡oh, puros, cual chiquillo!  
¡oh, puros, llora el pillo!  
¡oh, puros, tanto mal!

—

¡Oh, niña, al ver tus ojos!  
¡oh, niña, mil antojos!  
¡oh, niña, versos cojos!  
¡oh, niña, escribo á tí!  
¡oh, niña, tu amor pido!  
¡oh, niña, que rendido!  
¡oh, niña, estoy perdido!  
¡oh, niña, tí, pi, tí!

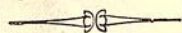
—

¡Oh, pipas, de aguardiente!  
¡oh, pipas, que á la gente!  
¡oh, pipas, anchamente!  
¡oh, pipas, dais placer!  
¡oh, pipas, de Cosuenda!



¡oh, pipas, esta ofrenda!  
¡oh, pipas, que se estienda!  
¡A, pipas de Jerez!

R. S. T. U. X. Y. Z.



## Mi pesadilla.

Hay en el mundo un sér á quien profeso particular cariño.

Siempre me ha sido perjudicial. Por mas que la prudencia me dice sin cesar: —Desconfía de él.— y que la memoria me recuerda los daños que me ha causado, apesar de todo le quiero, le amo.

Este sér es... la langosta.

Mi estómago ha protestado siempre contra tal simpatía; pero como yo haya persistido en ella, ha querido sostener el honor de su amo.

¡Qué espantosas luchas ha necesitado sostener contra este enemigo entrado en la plaza por asalto y que intentaba enseguida batirse en retirada! Para guardar al prisionero, tres dias consecutivos duraba algunas veces el combate. Durante aquellas noches espantosas el estómago en rebelion enviaba á mi cerebro terribles pesadillas.

Perros rabiosos, mujeres sin cabeza, precipicios, arroyos de sangre. horcas, etc. etc., en fin, todo el séquito inseparable de las pesadillas.

¡Qué cosas tan extraordinarias he visto en sueños! Juzgad de ellas vosotros mismos. Voy á contaros mi última langosta.

\* \*

Yo dormía.

De repente el canto de un gallo resonó en mi cuarto. Saqué mi cabeza de entre la ropa que la cubría, creyendo haber oido mal. El canto se repitió. Encendí la vela; un tercer canto guió mis ojos que buscaban al volátil. Quedé pálido, estupefacto, trémulo al aspecto de la terrible percha del animal, que permanecía inmóvil sobre la espalda de un gran fantasma blanco plantado en pié al lado de mi cama.

—¿Quién eres...?— pude apenas articular anonadado.

—Soy TU MUERTE: sígueme.

Me arrebujé con la ropa, gritando con la energía de la desesperacion:

—Jamás!

—Tu hora ha llegado; dijo la Muerte.

—Yo no quiero morir.

—Tu hora ha llegado; repitió.

—Apenas cuento cuarenta años.

—Has vivido el tiempo que tenias marcado.

Me arrodillé sobre la cama, y con las manos en cruz y las lágrimas en los ojos exclamé:

—Concédeme diez años todavía.

Hizo la Muerte un gesto negativo.

—Dos años....!

—Tampoco.

—Un año....! Seis meses! ¿Qué te importa dejarme vivir? ¿Tan desocupada estas? Si es así, voy á darte las señas de algunos de mis amigos.... hasta de los que son mis deudores

—Ha llegado tu hora, ya te lo he dicho.

Y avanzando un paso hácia mí la Muerte extendió su mano.

\* \*

Mi profundo terror la interesó sin duda: se detuvo.

—No quiero llevarte en ese estado; me dijo. La prodigalidad con qué has gastado tu existencia merece alguna consideracion, y quiero concederte un plazo. Recobré la vida que iba faltándome por momentos.

—¿Y qué tiempo me concedes?

—Tres horas.

¿Te chancas?

—No. Es tiempo suficiente para atraerte á la razon.

Y tomando una silla, la Muerte se sentó á la cabecera de mi cama, añadiendo:

—Ahora, señor tenaz, hablemos un rato como buenos amigos.

Después de una corta pausa continuó:

—Principiaré por decirte que en este momento estás haciéndote ilusiones, porque leo en tu pensamiento y dices—Son las cinco de la mañana: con el plazo que la Muerte me concede llegaré á las ocho, y el doctor X, mi excelente médico, vendrá á visitarme á las siete. Tengo entera fé en él; su ciencia sabrá burlar á la Muerte; la que, apremiada por el trabajo, irá con su guadaña á segar á otra parte y me olvidará.

\* \*

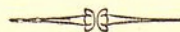
—Este es un error grosero. Los hombres han creido deber darme una divisa en la que tu confías:

UNA PARA TODOS, TODOS PARA UNA.

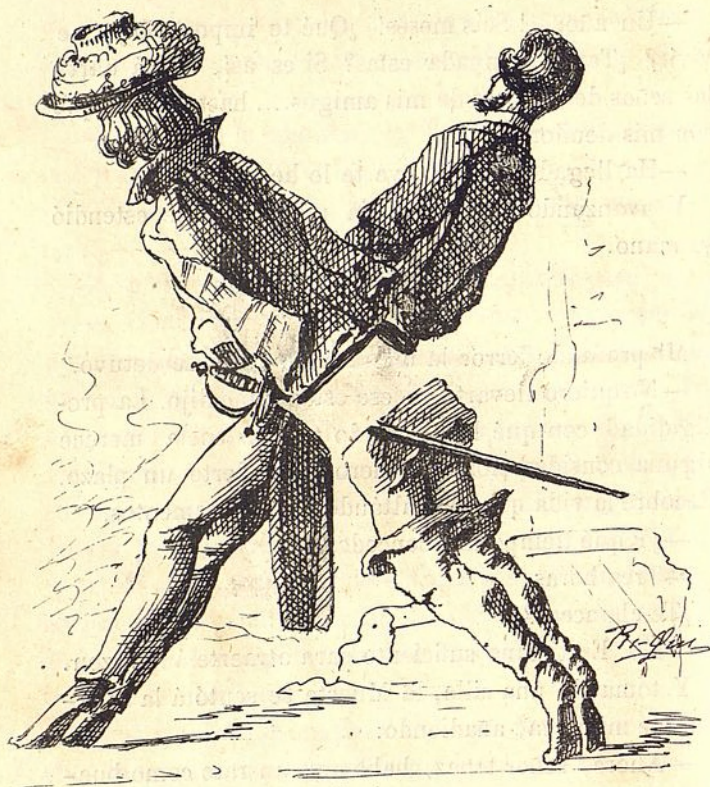
Ignorancia, amigo mio, ignorancia sobre la cual se fundaba poco há tu esperanza de salvarte, cuando me decias.—«Voy á darte las señas de algunos amigos...»—De una legion habeis hecho un personaje único. Todo mortal tiene su Muerte personal, particular. Mi tiempo me pertenece; mi lugar es este, porque yo soy TU MUERTE. Así, pues, no esperes escaparte. Para cada uno la vida humana se regula en una parte igual. Los unos la comen á bocaditos pequeños, economizando los víveres. Los otros, como tú has hecho, anticipan sobre su porvenir y viven de su crédito. Me decias hace un instante.—«Apenas cuento cuarenta años.»—Y no contabas con el interés que debes pagar á tus usureras pasiones, á las cuales has dado tu vida á descuento. Tracemos en esta pizarra la cuenta de tu crédito. Ajustemos y paga.

(Se continuará.)

\* \*







Una lista vió la luz,  
y diciendo—«Guarda, Pablo»—  
en ella, temiendo al diablo,  
van dos artistas en cruz.



Pues la cruz al diablo ofende,  
y de ella escapa aterrado,  
por tantos crucificado,  
es hoy una cruz El Duende.

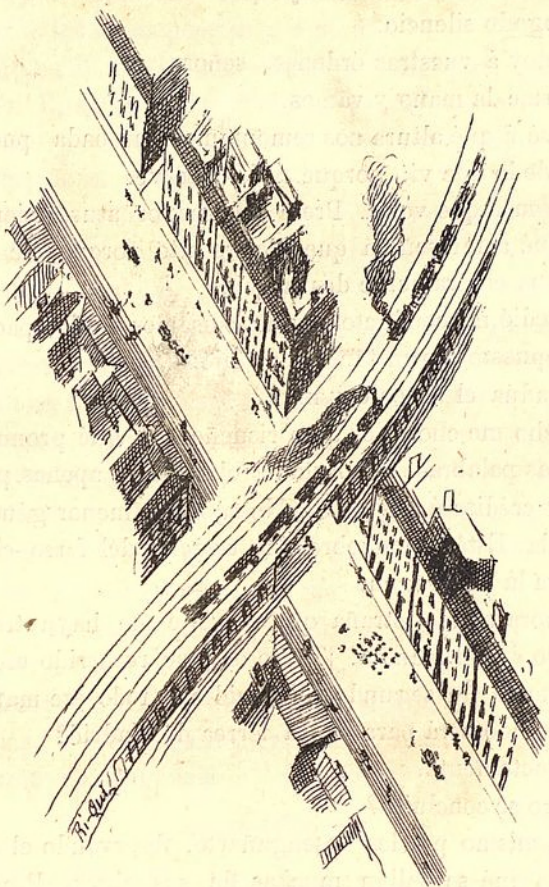


Tras de la cruz el demonio  
diz que agazapado está.  
Ved cargado á ese papá  
con la cruz del matrimonio.

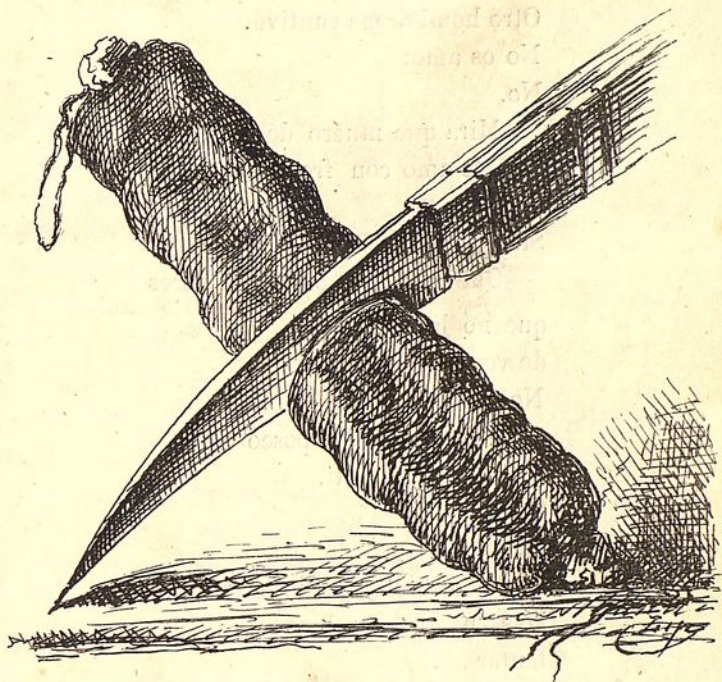


«Fuentes nuevas... Ay de mí!  
Ya me veo suplantado.»  
Dice Neptuno espantado,  
Formando la cruz, así.





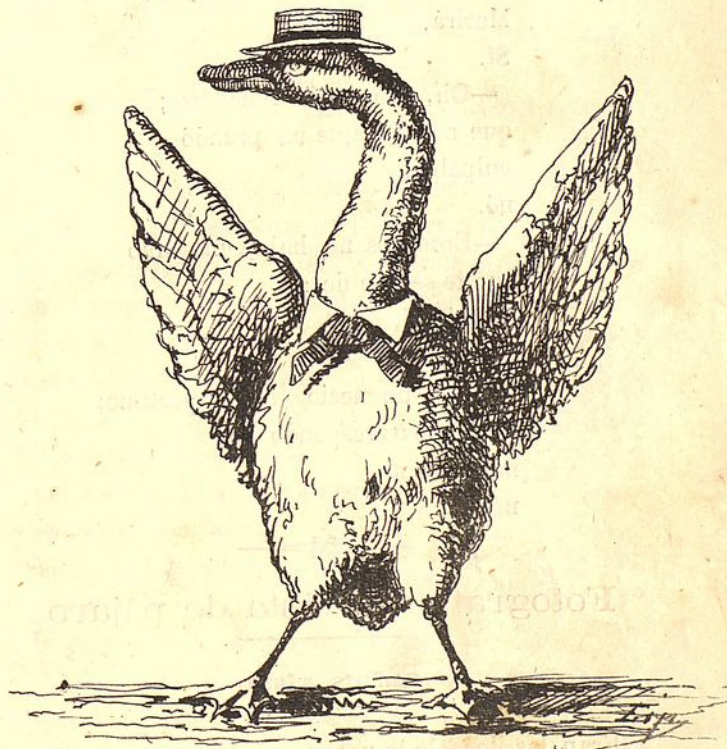
—¿La cruzará?—A todas luces.  
—¿Y cuando?—Paciencia hermanos.  
Vereis los zaragozanos  
cual se hacen un día cruces.



Sacando de todo raja  
del Duende la redaccion,  
á un enorme salchichon  
cruza con una navaja.



Lip y Ri-qui, entusiasmados,  
de union una prueba dan;  
y aunque cruzados no están,  
aqui se ostentan cruzados.



Basta por hoy, que me canso:  
y al que se ofenda primero,  
le arma El Duende caballero...  
—¿De qué?—De la órden del ganso.



—Niña, la de negros ojos  
y labios de carmesí  
¿me quieres?  
¿Sí?


—¡Que ridículos antojos!  
Otro hombre me cautivó.  
No os amo:  
No.

—Mira que muero de amores;  
que te amo con frenesí.  
Lo juro;  
Sí.

—Guardad para otra las flores  
que no las recojo yo:  
de veras;  
No.

—Todo cuanto yo poseo  
será, niña, para tí.  
Soy rico;  
Sí.

—Rico sereis; yo lo creo.  
Mas nunca el oro logró  
tentarme.  
No.

—Cubierta de pedrería  
parecerás una hurí;   
hermosa,  
Sí.

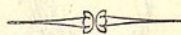
—No necesita, á fé mia,  
galas quien pobre nació.  
No quiero;  
No.

—Muerte daré al venturoso  
que logró ofuscarle así;  
Morirá,  
Sí.

—Oh, no seais rencoroso;  
que no es el que me prendó  
culpable,  
nó.

—Entonces no habrá ninguno  
que te separe de mí.  
Sí, sí, sí,  
Sí.

—Sois un necio, un importuno;  
y á todo os respondo yo  
no, no, no,  
nó.



## Fotografías á vista de pájaro.

### Quinta vista.

Eran las doce de la noche.  
Aun no se habian perdido en el espacio las vibra-  
ciones de la última campanada, cuando entró en mi  
aposento doña Verdad.

—Toma todos los instrumentos que llevamos en nues-  
tra primera excursion, dijo por fin despues de un  
prolongado silencio.

—Estoy á vuestras órdenes, señora.

—Dame la mano y vamos.

Ni sé á qué altura nos remontamos, ni nada puedo  
decir de lo que ví, porque nada observé.

Era mas que volar. Presa del mayor aturdimiento  
supliqué á mi señora que hiciese alto porque me en-  
contraba enteramente desvanecido.

Accedió mi conductora y descansamos en el espacio.

—Repuesto algun tanto, me dijo:

—Gradúa el anteojo y mira.

Mucho me chocó el tono risueño con qué pronun-  
ció estas palabras. No obstante observé, y apenas pu-  
de dar crédito á mis ojos. No cabia el menor género  
de duda. Estábamos sobre una estacion del ferro-car-  
ril: era la de Alagon.

—Ahora no me estraña que el viaje me haya tras-  
tornado de tal manera. ¡Tanto espacio recorrido esca-  
samente en un segundo! Y decidme, todo ese mate-  
rial reunido será para la vía férrea de Madrid?

—Exactamente.

—Pero se concluirá?

—Tú mismo puedes desengañarte, observando el es-  
tado en qué se hallan muchas de sus obras. Preci-  
samente voy á tomar la vista de alguna de sus esta-  
ciones. Verás en breve la hermosa ribera del Jalon.

Llegamos al sitio designado; y mientras doña Ver-  
dad sacaba la reproduccion, me entretuve en observar  
la campiña. Digna era en efecto de ser fotografiada.

—Ya he concluido. ¿Qué te parece ese traslado al  
cristal?

—Muy bonito. Pero observo que, estando termina-  
das las obras de consideracion, falta el puente de  
Purroy. ¿Cómo es, que no trabajan en él?

—Porqué hay no sé qué reparos puestos por la  
empresa.

Pero es de esperar que procuren zanjar pronto estas  
diferencias. Yo así lo creo.

—Las estaciones me gustan.

—Mira la reproduccion de la de Morés. ¿Cómo la  
encuentras?

—Muy bonita. Quisiera penetrar en ella.

—No hay inconveniente: descendamos.

Así lo hicimos: doña Verdad me preguntó:

—¿Qué dices de esto?

—El edificio me parece muy bien: únicamente falta  
colocar los cristales; pero el interior está sumamente  
descuidado. No hemos sido solo nosotros los que ha-  
bemos penetrado aquí sin permiso. Las puertas, abier-  
tas de par en par, conceden la entrada y proporcionan  
un asilo á los transeuntes. Estas salas han sido con-  
vertidas en establo, y huellas muy recientes prueban  
que han servido de albergue á mas de un rebaño en  
las últimas lluvias.

¿Quién cuida estos edificios?

—Nadie.



—Voy á hacer una obra de caridad á la empresa cerrando todas las puertas y ventanas.

Inútiles fueron las tentativas que hice para conseguirlo. El agua habia hinchado las maderas, y el aire abriendo y cerrando aquellas, tenia los marcos casi separados de las paredes.

La empresa debe agradecer la honradez de las gentes del pueblo; pues en otra parte quizá se hubieran contentado con dejar las paredes. Pero de todas maneras es mucha confianza en el prógimo la que se ha tenido en esta ocasion.

—Ahora llega un carro de material. Voy á verlo descargar.

—No te molestes.

—¿Por qué? ¿No viene destinado á estas obras?

—Sí; pero se marcha otra vez á Calatayud.

—Vaya una salida. Pues y eso?

—Es que no hay quien reciba el material y se lo vuelven á llevar.

—Bravísimo. Para estos viajes sí que se necesitan alforjas. Y á este paso.... pronto iremos á la Côte... si vamos en diligencia.

### Modas.

Ha llegado la época en que es preciso irse previniendo contra el invierno, viejo, seco y desabrido, que á nadie deja sin un constipado por lo menos. Allá van esos tres modelos de trajes *ad hoc*.

*Traje de cama.* Calzoncillos de sellos de franqueo con *trenzaderas* (1) de décimos del juego moral. Armilla de pagarés protestados, con adornos de billetes de la rifa del cerdo de San Anton. Camisa de anuncios de *Los Miserables*, con puños de los que crispan los lectores de *El Duende*; gorro de carteles de la plaza de Toros, con cascabeles. En los talones se usan *idem* de ferro-carril ó de libranzas contra la hacienda.

*Traje de pescar.* Paletot de artículos incendiarios ribeteados de seda de *adulacion*; pantalon de declaraciones á viudas millonarias, con bolsillos de un decá-litro de cabida. Botas *de vino*, por ser mas cómodas y por hallarse mas á mano, llevándolas en los pies; guantes con uñas postizas, de las de atrapar gangas, y sombrero napoleónico con escarapela de peseta columnaria.

*Traje de duelo.* Los elegantes se encierran dentro de un sobre de luto, en el cual escriben su nombre y señas. Enseguida lo lacran y adivina quien te vió. Este precedimiento está tomado de los *ingleses*.

*Traje de enamorados.* Levita, pantalon, chaleco y botines, de fósforos de Yurrita. Algunos *fashionables* se ponen bozal para evitar alguna catástrofe en el calor de la improvisacion.

*Traje de hombre público.* Este no tiene modelo fijo. Vistanse ustedes de todos los colores imaginables, y es cosa hecha.

(1) Estamos en Aragon.

*Traje de vuelta de baños.* Este acostumbra á ser sin bolsillos y con la camisa mojada.

### No hay peor sordo.....

—Vecinitooooo..... Vecino.....

—Qué ocurre don Cachipandio?

—Ocurre..... que ya pareció aquello.

—El qué?

—La lista.

—Cálle: qué ¿estaba V. ciego?

—Hombre, si no digo la vista.

—Pues el qué?

—La listaaa. (*gritando.*)

—Ya: pues si otra vez se pierde, cuidado con la lavandera.

—Si no hablo de esa lista.

—¡Aaah! Ya; ya caigo. Habla V. de su perrita inglesa, á la que llama *la lista* por lo saltarina y....

—Dále... Dále.. ¿No nos entenderemos? Sepa V. que la lista de que hablo es la de las compañías dramática, de ópera y de baile, que han de actuar en el teatro en la próxima temporada cómica.

—Vamos: yale entiendo á V.; todo está en explicarse. ¿Y qué tenemos de nuevo?

—En primer lugar *Guerra*....

—¿Zambomba! ¿Se le figura á V. que anda poco revuelto el cotarro?

—Despues los cruzados....

—Eso ya es otra cosa, si vienen en nuestro auxilio los cruzados. Por de contado que los mandará San Luis?

—¿Quién, el ministro?

—Hombre, por Dios; qué San Luis ha de ser; el rey de Francia.

—No, señor: ese rey no viene; pero vienen *cinco absolutos*....

—¡Animas benditas! Voy á pedir el pasaporte: si saben que soy..... Son capaces de dejarme en la calle.

—Ah, ah... *La Calle* es el director de la empresa.

—No es pequeña la que acomete; que para ella necesario es á veces que le ausilien á uno cuatro soldados y un cabo.

—Pues mire V. él tiene treinta.

—Cómo: ¿treinta soldados?

—Hombre nó. Treinta coristas.

—Como yo hablaba....

—Pues: como nombra V. un cabo, y al cabo de la lista dice *Cabo del cuerpo de coros*, que se compone de treinta personas, Don José Estrella....

—Áte V. cabos: pues no me habla ahora de astronomía? ¿A qué vienen las estrellas?

—Pero si se trata de coristaaa! (*gritando.*)

—¿De qué? ¿De cosas vistas?

—V. lo pase bien ¡Cachimbo!

—Voy á abonarme á paraíso.



## MAS SOBRE LA COSA TEATRAL.

En la mencionada lista, delante de una cruz formada por los señores don Juan García y don Elias Aguirre, ó por don Elias Aguirre y don Juan García, ó por los dos á un tiempo, se lee.

*Primeros galanes y segundos.....*

Al *Duende* le ocurre una duda. ¿Son *primeros*? Entonces no son *segundos*.

¿Son *segundos*? Entonces no son *primeros*.

A no ser que en el sistema de numeracion teatral, que no es el romano, ni el arábigo, ni ninguno de los conocidos hasta el dia, se empiece por los *segundos*; en cuyo caso, claro es que los *primeros* son tambien *segundos* y vice-versa.

Otra interpretacion: puede muy bien ser que estos señores se llamen ambos *Segundos*, nombre muy bonito; y que, por la brevedad, no se haya repetido al crucificarlos. Entonces tendríamos un don Elias Segundo, y un don Juan Segundo; pero no vayan ustedes á creer que el primer *segundo* es un *Segundo* Elias, ni el don Juan *Segundo*, el célebre Segundo que inventó los bocados; aquellos son otros *primero* y *segundo*, que nada tienen que ver con estos *segundo* y *primero*.

Y de todo aquesto infiero,  
y en buena razon me fundo,  
que si el *primero* es *segundo*,  
el *segundo* es el *primero*.

## TEATRO.

Cercano el dia en que deben dar principio á sus trabajos las compañías de declamacion, ópera italiana y baile, tenemos un placer en participar á nuestros lectores las favorables noticias que, acerca de los principales artistas que las componen, han llegado á nosotros. Conocidos algunos de ellos del público zaragozano, por haberle dedicado sus trabajos en años anteriores, recuerda *El Duende* su aplicacion y constante anhelo por agradar; y no duda que, con tan buenas dotes y la práctica adquirida desde entonces, se presenten hoy distinguidos artistas, dignos del público que va á juzgarles.

Nuevos otros en este teatro, traen la credencial de los triunfos adquiridos en muchos de los principales de la península y fuera de ella, y vienen acompañados de una ventajosa reputacion.

De los ya conocidos y aplaudidos justamente en el año anterior ¿qué dirá *El Duende* que el público no sepa?

La compañía de ópera lo ha sido tambien en los teatros de Valencia, Pamplona, alguna de sus partes prin-

cipales en el de San Sebastian, y otros; y el repertorio que ofrece es de lo mas selecto que puede pedirse, en el que vemos obras conocidas de indisputable mérito, y nuevas otras celebradas y aplaudidas en todos los teatros de Europa.

En la compañía coreográfica volveremos á ver la graciosísima señora Montero, las señoritas Ordoñez y Estrella, los señores Estrellas padre é hijo y un completo cuadro de baile, que hará las delicias de los aficionados á.... Terpsícore.

*El Duende*, que alguna vez ha de hablar con formalidad, se promete y cree poder prometer al público noches agradables en la próxima temporada. Asi lo desea y que no tenga motivos de censurar; en cuyo caso, aunque con harto sentimiento suyo, dirá le verdad, segun su leal saber y entender; procurando no herir susceptibilidades y dando á cada uno su merecido. La divisa de *El Duende* es CUANTO MAS AMIGOS MAS CLAROS.

El Teatro, ha sufrido una considerable reforma, debida á la iniciativa de una persona competentísima, y acogida por nuestra celosa municipalidad con la solicitud que la anima en todo lo que tiende á mejorar nuestra Ciudad, y á elevarla al rango á qué, por tantos titulos, está llamada. En la parte de adorno, alumbrado, etc. encontrarán los aficionados grandes mejoras, que el local reclamaba, y que han sido llevadas á efecto con prontitud é inteligencia. Algunos dudan del efecto que hará el papel elegido para vestir los palcos. Pronto lo veremos alumbrado por la luz artificial y emitiremos nuestra opinion sobre el particular.

El laborioso pintor escenógrafo señor Marin está pintando un nuevo telon de boca en reemplazo del que teníamos, debido al pincel del señor Pescador. Obra es de difícil desempeño y, no obstante, confiamos en que sabrá salir de él airoso nuestro jóven artista.

Otra noticia teatral; pero esta es muy reservada.

Se ha presentado á la empresa una comedia de costumbres, obra de un poeta zaragozano, periodista, poeta y... Si decimos mas van nuestros lectores á sacar el ovillo por el hilo.

Sabe *El Duende* y los suyos que la comedia de que nos ocupamos es bonita, bien versificada, escrita con facilidad y gracia y que en ella se notan los adelantos que el autor ha hecho desde la otra que ofreció á sus paisanos y que estos recibieron con aplausos... *Duendecito*, que te desbarras. No decimos mas por prudencia, y por no incomodar al autor con nuestras revelaciones.

Editor responsable: MANUEL ALLUE

Zaragoza: Imp. y Litog. de Agustin Peiro.—1862